

Resumen de un cuento

José Edgardo Cruz Figueroa

University at Albany, State University of New York

El simposio de la tarde anterior había sido demasiado para mis nervios. Así comienza un cuento de Poe titulado “Intercambio con una momia”. Al leer esa oración Arturo quedó inexplicablemente fascinado.

El día anterior había leído tres cuentos de Poe uno tras del otro y no había entendido nada. Bueno, en uno de ellos la narrativa era clara y podía resumirse con facilidad, lo cual para Arturo era prueba de que un cuento estaba bien escrito. Se titulaba “Tres domingos en una semana”.

En esa historia un viejo cascarrabias y sadista le daba permiso a su sobrino para que se casara el día en que tres domingos coincidieran el mismo día, una condición imposible que lo condenaba a la soltería permanente. Excepto que el viejo terminó frustrado cuando durante una visita de dos marineros quedó demostrado que ese día era a la misma vez presente, pasado, y futuro: tres domingos en el mismo día. Para el marinero que había circunnavegado la tierra en dirección Este, el domingo que era el presente para el tío, para él era pasado mientras que para el marinero que lo había hecho en dirección Oeste, el mismo domingo estaba por venir.

“Intercambio con una momia” era el segundo que leía hoy, ansioso de que fuera tan diáfano como “Tres domingos en una semana”. Fuera de la sensación que Arturo sintió al leer la oración inicial, no tenía idea de si este cuento podría destilarse a la dimensión de un párrafo. El cuento se perfilaba bien pero la sentencia de calidad que Arturo solía emitir cada vez que leía un relato tenía que esperar. Él no era como algunos de sus amigos que confesaban no haber leído ciertos libros e inmediatamente pasaban juicio sobre ellos o intentaban explicarlos.

Esa oración primera, objeto de fascinación premura para Arturo, resultó ser la manera de Poe de establecer la situación del cuento, que al principio parecía no tener nada que ver con un simposio efectuado la tarde anterior. La clave técnica de la referencia al simposio estaba en la oración subsiguiente. El simposio le había dado un dolor de cabeza tan grande al personaje del cuento que se había ido a la cama bien temprano.

Esa situación inesperada, pues el plan del personaje era pasar la noche callejeando, prepara la escena siguiente: el personaje no hace más que roncar tres veces y su sueño acaba abruptamente con el “ruido furioso del timbre de la puerta exterior, seguido de golpes impacientes de la aldaba”. El personaje se levanta y todavía restregándose los ojos

es confrontado por una nota que su mujer le tira en la cara, obviamente molesta por la irrupción. Es a través de la nota que Poe hace claro el meollo de la trama. Se trata de una invitación a unirse a un grupo de doctores para efectuar el examen de una momia hasta entonces inaccesible a la investigación científica.

Una vez Arturo comprendió que la narrativa giraba en torno a ese examen, la pregunta inevitable fue cuál sería el secreto o los secretos que la desenvoltura de la momia prometía revelar. Poe había creado una situación excitante, primero por el hecho en sí del examen, que se caracteriza como oportunidad afortunada, y segundo porque la presentó como una oportunidad única. Son raras las ocasiones en que un tesoro de la antigüedad llega a nuestras manos sin haber sido saqueado, piensa el personaje. Una vez los participantes están debidamente situados, Poe procede a describir en minucioso detalle el ataúd donde reposa la momia.

Arturo siguió leyendo esperando con anticipación juvenil ver qué se le ocurriría decir a Poe para introducir un giro en la narrativa que lo cautivara, que le llenara la cabeza de endorfinas, estimulándolo así a seguir leyendo hasta el final. Él se apresuraba a leer cada nueva oración esperando que sucediera algo que lo electrificara. Era una sensación cuasi-tantálica, parecida a la que se siente cuando justo antes de su consumación un romance ilícito es frustrado pero sin matar la promesa del placer que entonces se espera de nuevo más adelante.

Hacia años que Arturo no sentía ese tipo de sensación, excepto cuando leía un buen cuento. Las novelas nunca lo provocaban de esa manera pues éstas eran más como un matrimonio que como un romance. Esa manera romántica de sentirse era la mejor forma de la gratificación retrasada pues la espera nunca era larga. El tantalismo puro era como las mujeres que se te pegan mucho cuando bailan un bolero, tanto que puedes meterle tu muslo completo entre las piernas, pero que cuando termina la canción se pierden entre la masa del baile. En contraste, la sensación cuasi-tantálica te seduce con la promesa del placer, después te deja guindando, pero a fin de cuentas el placer anticipado llega.

La descripción del ataúd no era seductora pero tenía un elemento de sorpresa. Era como una muñeca rusa. Se trataba de tres ataúdes en total, uno dentro del otro. El cuerpo de la momia estaba en el tercer ataúd, que era el más pequeño. Según Poe, la resina que ocupaba el espacio entre el primer y el segundo ataúd había desmerecido el color de las partes con las que había hecho contacto. Entre el segundo y el tercer ataúd no había espacio. La madera del ataúd más pequeño, donde yacía la momia, era de cedro y por ello tenía un olor distinto a los otros que estaban hechos de *papier mâché*.

Al desenvolver a la momia de su mortaja, que no era de tela sino de papiro, los doctores descubrieron que su piel estaba intacta y que no emitía mal olor. Su color era rojizo; era a la vez dura y suave. Su apariencia era lustrosa. Notaron que sus ojos habían sido aparentemente reemplazados por ojos de cristal pero su pelo y sus dientes estaban bien preservados. También observaron que los dedos y la uñas eran brillantemente dorados. El examen prosiguió, revelando que el cuerpo de la momia no tenía las incisiones que usualmente se hacen para extraer el cerebro y las entrañas de un cadáver antes de ser embalsamado. Esto confundió a los doctores y ahí Poe le dio un giro a la trama que evocó a *Frankenstein*. ¿Por qué no darle una descarga eléctrica a ver qué pasa?

Entonces sucedió lo inesperado. Bueno, inesperado solo para los que no conozcan la historia del monstruo de Mary Shelley. La momia cerró los ojos, que resultaron no ser de cristal, después del primer cantazo eléctrico. Luego levantó una pierna y le dio una patada violenta a uno de los examinadores. Esto en vez de aterrorizar a los presentes, les llenó de entusiasmo.

Durante la época del Galvanismo, en la opinión de algunos comentaristas, detrás del “milagro” de la re-animación estaba el Diablo, como lo sugería una caricatura que Arturo había encontrado. Poe no mencionó ese dato. Sus doctores prosiguieron con ferviente interés. Ahora, “rebozantes de la más ardiente filosofía”, decidieron continuar su experimento con mayor vigor y con mucho celo. La momia pestañeó, estornudó, se levantó, enarboló un puño en alto y procedió a dar un discurso.

Los doctores reaccionaron con indiferencia y esto enfureció a la momia. Ahora malhumorada, les pidió en tono perentorio que le explicaran por qué rayos la sacaron de su ataúd para entonces despojarla de su mortaja y someterla a un trato violento y desalmado. El intercambio con la momia prosiguió en su lenguaje nativo, con dos de los doctores traduciendo para el resto. Hubo momentos de hilaridad en la conversación. La momia no entendió el significado de la palabra “peluca” hasta que uno de los doctores se quitó la suya y se la presentó, obviamente humillado. Al cabo de un rato repleto de excusas y justificaciones, la momia concluyó que lo acontecido era permisible en aras de la ciencia y entonces consintió a seguir siendo el conejillo de indias del equipo científico.

Aquí la investigación se tornó antropológica. Uno de los doctores le prestó a la momia un gabán, camisa, bufanda, pantalón, botas, y sombrero. De ropa interior Poe no hizo mención. Leyendo la historia en reversa, pues el cine todavía no se había inventado, Arturo pensó que esa ausencia era una táctica cuasi-cinematográfica. Luego el doctor condujo a la momia a una silla cercana a la chimenea del local y después de ordenar cigarros y vino, él y sus colegas se sentaron alrededor de ella para conversar.

De la entrevista surgió el dato de que la momia tenía más de cinco mil años. Se enteraron de que fue embalsamada en vida, y por ende, en vida quedó hasta la fecha, aunque en estado de animación suspendida. De manera que los electrochoques no le devolvieron la vida después de muerta sino que la re-animaron, interrumpiendo su largo sueño.

La momia reveló que gracias a su insigne linaje le dejaron el cerebro y las entrañas en su sitio. De lo contrario, el embalsamamiento habría preservado su cadáver en vez de meramente suspender sus funciones mentales y corporales. Esa variante de la momificación, ella prosiguió, era útil en particular para los historiadores pues les daba la oportunidad después de un largo tiempo, inasequible durante un ciclo normal de vida, de revisar y re-escribir los trabajos que con el pasar de los años eran inevitablemente distorsionados por



otros escritores y comentaristas después de su “muerte”. La momia re-animada era como el documento perdido que cambia la historia cuando sale a la luz.

Aquí, antes de terminar de leerlo, Arturo ya pensaba que “Intercambio con una momia” era un cuento magistral. El relato usaba de manera ambigua, pero clara para el conocedor, un trabajo literario reconocido como base para ejecutar su propósito. La momia era el interlocutor imaginario que le permitió a Poe expresar su desdén por los logros de su época—por ejemplo, el ferrocarril a vapor, los monumentos de Washington, D.C.—y de mostrar la baja estima en que tenía a la idea de la Gran Marcha del Progreso.

Poe también lamentó lo que él consideraba ser el gran fracaso del experimento democrático de las trece colonias, que él pensó había degenerado en “el más odioso e insoportable despotismo que jamás se había visto sobre la faz de la Tierra”. Pero claro, Poe culpó de esto no a las elites que desplazaron y despojaron a los ocupantes originales del continente norteamericano, a la vez que intentaban convertirlos en polvo, no a los que esclavizaron a los negros para reducirlos a la categoría de propiedad, a la de entes sin alma, sin humanidad, sino a un tirano usurpador llamado *Mob*. Es decir, el culpable era el propio pueblo. Como Poe no lo dijo directamente, Arturo infirió que las trece colonias eran las norteamericanas. También, en vez de decirlo él, Poe puso la condena del experimento político fatulo en boca de la momia. En su recuento, las colonias estaban en Egipto durante su época, hacía más de cinco mil años.

Una cosa que Arturo consideró extraña fue la ausencia en el cuento de un punto culminante. La narración procedió como un bote en un río de aguas lisas que sin que sus ocupantes lo perciban de repente desemboca en el mar. Así, ya cansado de la conversación con la momia, el personaje del cuento se retiró a su casa. Antes de volver a la cama, expresó su disgusto con su mujer, a quien tituló de arpía. También hizo evidente la repulsión que sentía por su familia, su desilusión ante su vida y su época. Todo va mal en este siglo, dijo en voz alta sin que nadie lo escuchara.

Arturo entendió perfectamente el estado de ánimo del personaje. Muchas veces había sentido lo mismo por su tiempo. La primera vez con una rabia infundida de esperanza; ahora que leía el cuento de Poe con calma y resignación. Iba y venía en su sentir. Todo dependía de lo que estuviese leyendo en el momento, del proyecto en el que estuviera envuelto, de los problemas que le crearan sus familiares, de la indiferencia o cariño de sus amistades, de la trayectoria de su vida romántica.

Al terminar de leer la historia, le resultó más o menos evidente que “el simposio de la tarde anterior” era en realidad el intercambio con la momia. O al menos eso fue lo que Arturo dedujo. Quedaba más o menos claro que el dolor de cabeza del que se quejaba el personaje había sido provocado por los temas ponderados mientras la momia y sus colegas bebían y fumaban. Esto sugería que el evento que causó el dolor de cabeza del personaje y que lo llevó a la cama a regañadientes había sucedido antes de que éste fuese despertado abruptamente de su sueño. ¡Qué extraordinaria técnica!, pensó Arturo. Cuando el personaje despierta y se dispone a salir para participar del examen de la momia, ya había salido y participado del examen que le provoca el malestar que lo lleva temprano al sueño que es interrumpido por la invitación a salir y participar del examen.

O sea: el personaje estaba durmiendo antes y después del evento que lo lleva a la cama, pero se trata del mismo sueño. Mientras dormía ya el evento había ocurrido a la

misma vez que ocurre después de despertarse. Cuando despierta ya todo lo que va a pasar ha pasado y cuando se acuesta lo que ha pasado se perfila otra vez en el futuro. La historia no cambia sino que se repite al amparo de una ilusión, la ilusión de encontrar algo nuevo que cambie la historia.

El acercamiento del personaje hacia los hechos había sido crítico y su tono estaba impregnado de pesimismo. Arturo se identificaba con eso y pensó que su fascinación con la oración inicial era una premonición que ahora cobraba forma en un tiempo y espacio determinado, distinto al del personaje pero con rasgos similares. La diferencia más importante era que Arturo narraba su historia a la misma vez que leía el cuento. ¿Era eso diferente a vivir atrapado entre la realidad y el sueño?

La historia contada por Arturo fue un resumen del cuento. Era obviamente más largo de lo que Arturo consideraba un indicio de la calidad de un relato, pero él pensaba que el cuento estaba bien escrito porque si se lo proponía podía resumirlo en un párrafo. Al escribir de modo más extenso no se había propuesto hacerlo con una perspectiva crítica de tono amargo. Lo cierto es que compartía agravios similares a los del autor, aunque situados en una época distante. Estaba decepcionado por el fracaso del socialismo y por el giro conservador de las democracias. El racismo y la supremacía blanca le tenían en un estado de náusea constante. La desigualdad económica y el daño ambiental le daban una rabia que apenas podía controlar. Su consuelo era la música y el arte.

Arturo decidió que, al terminar su resumen, igual que la momia del cuento, iba a buscar la forma de ponerse en suspensión animada para regresar más tarde pero a diferencia de la momia, quizás imbuido de esperanza. Necesitaba un descanso, un receso de sus agobios cotidianos. Los cuentos de Poe eran un bálsamo efectivo pero temporero. “Intercambio con una momia” le dio una idea. Ya la ciencia había demostrado que el embalsamamiento no preservaba la vida y que el Galvanismo era incapaz de resucitarla. Así que resolvió ausentarse mediante el mundano mecanismo de un sabático de dos años. No creía que nada iba a cambiar mucho en tan poco tiempo pero eso era suficiente para recuperar el aliento y regresar con mayor brío. Si al volver no podía hacer nada para mejorar la condición de su época, al menos podía releer su resumen y revisarlo. Por más pequeño que sea el cambio, no deja de ser importante. Entonces puso a un lado la antología de Poe que venía leyendo hacía seis meses y comenzó su sabático con Voltaire.